

Acta est fabula?

“El país que no tenga leyendas -dice el poeta- está condenado a morir de frío.

Es muy posible. Pero el país que no tenga mitos está ya muerto.”

George Dumézil

¿Perviven aún historias en torno a dioses y héroes, o seres que resisten a la muerte en un más allá, en otro tiempo y otro espacio? y ¿siguen teniendo estas historias poder sobre los vivos? No historias como restos arqueológicos, sino historias que influyen todavía sobre nuestras vidas. ¿Reconocemos aún la autoridad del pasado, la autoridad de los dioses y los héroes?

Los mitos existieron en la antigüedad tan cargados de significado que todavía hoy dotan de sentido a nuestros actos. Sin embargo, ¿olvidaremos en algún momento que hubo una vez, en un tiempo mítico, unos actos fundamentales, origen de ceremonias, ritos y cultos que afectan a toda la vida, pasada, futura y presente?, ¿no han caído en el olvido las historias de algunos héroes y dioses?, ¿y si olvidásemos los mitos que le daban sentido al mundo?, ¿y si ya no creemos en seres que perviven a la muerte, o en héroes y dioses? Quizás, lo que deberíamos cuestionarnos es si ha sido sustituido el tiempo de los mitos por el tiempo de los superhéroes y los cuentos.

Definir mito como una fábula o ficción alegórica, especialmente en materia religiosa, es equívoco y desmesurado. Un mito no es una fábula ni una alegoría, y solo desde una visión racionalista podría definirse como una ficción. Existen así tantas definiciones del mito como enfoques sobre él pero, tal y como advierte Geoffrey Stephen Kirk: *“No hay ninguna definición del mito. No hay ninguna forma platónica del mito que se ajuste a todos los casos reales. Los mitos difieren enormemente en su morfología y su función social”*. Hemos de admitir que los mitos tienen formas y

funciones varias. Así, podemos combinar enfoques diversos para una comprensión más completa, tanto de ellos como de la mitología en general, prescindiendo de afirmaciones tan simplistas como que los mitos son historias de dioses, ya que hay muchos relatos alejados de lo religioso. Los mitos han acompañado a la humanidad desde el principio de los tiempos como explicación originaria del mundo y la realidad al poseer estatuto de certeza y verosimilitud.

La Filosofía surgió en el momento en que el hombre sale de la oscuridad en la que los mitos le tenían sumergido para contemplar una nueva forma de conocimiento a través de la razón. Esta última nos permite explicar los sucesos del universo y nos ayuda a dar respuesta tanto a esas antiguas preguntas que el mito trataba de resolver, como a otras nuevas que surgen posteriormente. Se trata del denominado “*paso del mito al logos*”. La cuestión ahora sería: ¿sigue habiendo mito en el *logos*? Platón ya lo advirtió. El *logos* no se opone al mito; el mito era una de las herramientas que Platón utilizaba para explicar lo real y hacer comprender a la masa, dada su limitada capacidad de razonar. De esta forma el mito ocupaba el lugar al que no llegaba la razón, hablando en un lenguaje simbólico, amplio y plástico que nos permitía superar la farragosa explicación racional por una sutil e intuitiva explicación más popular. Tal y como apunta Jean Pierre Vernant con su metáfora: “*el mito, como Euridice, se ha esfumado cuando la mitología lo conducía a la luz*”. Pero esa desaparición es un truco más de supervivencia camaleónica, ya que pasa a presentarse en varias formas, desde el ámbito de la religión al de la literatura.

Los mitos funcionan como elementos aglutinadores, dotando de unidad a un pueblo, homogeneizando rituales, conductas, actitudes... En definitiva, son la base que dota de identidad a una comunidad de personas. Pero, ¿quién cuenta los mitos?, ¿quién rememora esos relatos? De algún modo es la comunidad entera, el pueblo, quien guarda y alberga en su memoria esos relatos. Toda cultura alberga una tradición mítica desde tiempos inmemoriales. Los mitos son el reflejo de la sociedad que los creó y los mantiene, sirven para forjar la identidad de los miembros de un grupo. Por ello, el mito no posee autor, pertenece al grupo social que lo relata, no se sujeta a ninguna transcripción y su esencia es la transformación. Son una herencia colectiva, narrativa y tradicional, que se transmite desde lejos. “*Los mitos viven en el país de la memoria*”, dirá Marcel Detienne. Es decir, pertenecen a la memoria comunitaria.

Las obras de Hesíodo y Homero son los documentos más antiguos de la tradición literaria occidental y el primer testimonio de la literatura griega y dirigen el pensamiento más íntimo hacia el mito. Las figuras de los dioses griegos que aparecen en estas obras son manifestaciones de lo sagrado, de ahí su vitalidad y belleza que aún conmueve e ilumina a poetas contemporáneos. A pesar de la aparición del pensamiento racional, del ya mencionado “*paso del mito al logos*”, estos autores inspiran a futuras generaciones, y la mitología sirve como tema recurrente en las obras literarias de siglos posteriores. Poetas y artistas han hallado inspiración en ella desde las épocas antiguas hasta la actualidad y han descubierto el significado y relevancia contemporáneos en los temas mitológicos clásicos. Desde la Edad Media hasta el Renacimiento, los autores buscan la evasión de la realidad vivida a través de estos mundos de ensueño que nos brindan los mitos. La mitología griega ha ejercido una amplia influencia sobre la cultura, el arte y la literatura de la civilización occidental y sigue siendo parte del patrimonio y lenguaje cultural occidentales.

Aunque pensemos que los mitos forman parte del pasado, el ser humano sigue en cierta forma operando míticamente, simbólicamente. Una de las posibles definiciones del término “*poder*” es la facultad de cambiar la conducta de los demás para conseguir imponer la voluntad propia, a pesar de la resistencia de los otros. De este modo, las instituciones se apoyan en el poder de los mitos. En su capacidad de seducción. Se recurre a ellos para tomar decisiones.

A pesar de la sociedad hipertecnificada del siglo XXI, donde vemos que se ha dado un aparente triunfo de la razón técnica, no se escapa el hecho de que hoy en día hay una especie de mitificación triunfante materializada en el cine, los medios de comunicación y las redes sociales, que difunden rápidas imágenes con mensajes que se arrojan la posesión de la verdad. Mensajes que pretenden explicar todo sobre el mundo y la vida, juegan a ser una verdad absoluta, unas veces con intenciones más veraces, pero otras con intereses más elementales, prácticos, incluso bajos y vulgares, orientados a la satisfacción inmediata, momentánea, no tanto de ciudadanos sino de consumidores o simples clientes. La verdad se convierte entonces en algo menos sagrado, simplemente verosímil. De esta forma, observamos cómo el mito tiene vida, es parte de nuestra vida. Presenta una función social.

Parece que el mundo de lo audiovisual ha entrado en nuestro siglo para ocupar el lugar de los símbolos y de la trascendencia. La fascinación que estos

despiertan hoy en día se utiliza para generar productos de la industria cultural, como por ejemplo en las sagas cinematográficas de *El Señor de los anillos* o *Las Crónicas de Narnia*. Los superhéroes han replicado características de los héroes o los dioses grecorromanos, tanto en las historias sobre su origen como en sus hazañas. Superhéroes como Superman o Batman se pueden pensar como la oposición de Apolo y Dioniso. El propio Batman también puede considerarse, como el dios Hades, del inframundo, y Wonder Woman es una amazona a pesar de poseer una asombrosa similitud con la diosa Atenea.

Cuando un niño se desarrolla imagina la vida que le espera y busca a su alrededor algunos índices de verdad que le ayudarán pero, cuando estos índices están alterados, el refugio de la ensoñación ofrece un momento de felicidad. Nuestros héroes solo son grandes porque nosotros somos pequeños. La heroización es un procedimiento psicosocial: un niño no puede prescindir de héroes para construirse y un adulto herido tiene necesidad de ellos para reconstruirse. Así la “*autoheroización*” es un medio de defensa activo. A todos nos encantan las películas o los cómics cuyos héroes hablan de nosotros. El héroe vuelve a encender la esperanza y cura la humillación. Sin embargo, los héroes no pueden ser invulnerables, porque son humanos, al menos en parte. A nadie le interesarían las hazañas de estos (super)héroes si estuvieran libres de riesgos. Aquiles con su talón, Superman con su “*kriptonita*”, Jasón, Ulises o Batman, humanamente expuestos a los golpes y las heridas; Teseo, Belerofonte, Perseo, los X Men, cada uno con sus poderes únicos y sus debilidades propias. Estos personajes son nuestros mitos, pero ya no son lo que los mitos griegos fueron para los griegos.

El ser humano vive pues en el mito, y la razón técnica es otro de esos mitos. Eso fue lo que proporcionó el éxito en la aparición del cine como obra de arte total. Todo esto refleja un mundo material, de consumo, mientras que se adquiere una apariencia falsa de idealidad, de simple proyección de imágenes no reales destinadas a excitar ese consumo, como las sombras en las paredes de la célebre caverna platónica. El mito y la leyenda subsisten así, a través de sus diferentes máscaras, como una ventana hacia lo simbólico y emocional que opera mediante imágenes. Tal y como advierte Kerényi: “*Como la cabeza de Orfeo, la mitología continúa cantando, incluso después de su muerte, incluso a través de la distancia*”.

Hýbris